

radas hasta el presente; ó que, cuando ménos, no habían sido nunca demostradas con tan severa lógica, con tan sabia crítica, y con un estilo tan atractivo. El libro de Mr. de Camille se lee sin trabajo alguno, desde el principio hasta el fin; y la mano no lo deja sin un vivo deseo de leerlo de nuevo. Y concluida la lectura, es imposible separarse del autor sin experimentar cierta tristeza; como el viajero que recorre ciudades desconocidas, está triste al separarse del guía que, con la mayor habilidad, le apartaba de los lugares peligrosos, y bajo cuya dirección se creía seguro. Yo no tengo

la honra de conocer á este escritor; y el sentimiento que me causa el dejar su obra, solo puedo suavizarlo, asegurando en las columnas de la *Unidad Católica*, que hago los más ardientes votos para que, cuanto antes, se logre el piadoso fin, que el autor se ha propuesto, y caiga la venda de los ojos de tantos ciegos, que, sin duda, nos arrastran al abismo.

Nuestro amado director me permitirá, que tambien yo una mis votos á los de la *Unidad Católica*.

C. DE LA VIGNE.

EL PRÓXIMO DESENLACE DE LA CRISIS PRESENTE,

POR EL AUTOR DE:

EL GRAN PAPA Y EL GRAN REY.

Juicios que ha merecido la edicion primera.

Apreciacion de los periódicos religiosos de Tolosa.

«El autor del libro: *El gran Papa y el gran Rey* que ha obtenido tan señalado éxito, ha publicado en Tolosa una nueva obra, no ménos propia para excitar un vivo interés de curiosidad, al mismo tiempo, que encierra un grande interés de actualidad: Se titula: *El próximo desenlace de la crisis presente*.

Acaso, el autor de esa obra no ha escrito cosa alguna mas curiosa ni mas interesante. El drama de la crisis, que está próximo á estallar, nos lo reseña en sus mas minuciosos detalles, y en términos que impresionan en alto grado. Despues de leer esa obra, parece que se pueden esperar con calma, ó á lo ménos, sin terror, los acontecimientos verdaderos.

Carta del Ilmo. Sr. Obispo de Aire.

«Al recibir vuestra nueva obra: *El próximo desenlace de la crisis presente*, de la que forma parte vuestra tan interesante interpretación del capítulo XII del Apocalypsi, me he podido resistir á la curiosidad de leer todo el libro, sin soltarlo de la mano hasta terminar la lectura.

Lo he absorbido todo, de una vez, como se vacía, de un sorbo, una copa llena de un licor no conocido, pero delicioso. Me ha quedado en el alma un agradable sabor de piedad, y una gran tranquilidad contra los terrores de un temible porvenir.

Los hombres que se ocupan de ese porvenir, hallarán en vuestra exégesis, grandes motivos de consuelo y esperanza.

Recibid las seguridades de mi mayor consideración.»

LUIS MARÍA, Obispo de Aire.

A Nuestro Señor Jesucristo, Rey inmortal de los siglos.

A MARÍA, MADRE DE DIOS, Y NUESTRA MADRE; PROCLAMADA INMACULADA POR PIO IX.; Y CONFIRMANDO POR SÍ MISMA ESTE ORACULO, AL DECIR EN LA GRUTA DE LOURDES,

YO SOY LA INMACULADA CONCEPCION.

A LOS PEREGRINOS DE LOURDES EN 1873.

Piadosos peregrinos: En este venerado Santuario de Lourdes, y en el día primero del notabilísimo año 1873, hemos tomado la pluma para escribir estas páginas. Después de María, os pertenecen á vosotros; han sido escritas aquí, cerca de la Gruta de la Aparición; aquí, lejos del mundo, en la tranquilidad del corazón, y en la paz de la soledad, podreis leerlas y meditarlas con gran provecho. Si os falta tiempo para esta piadosa lectura, porque aquí las horas pasan volando, llevadlas con vosotros, como un aroma del Santuario.

Estas páginas infundirán en vuestras almas grandes y santos pensamientos, y llenarán vuestros corazones de un piadoso y patriótico entusiasmo, para renovar vuestra peregrinación en este año 1873, en que parecen destinados á realizarse grandes acontecimientos.

Leed atentamente estas páginas, y comprenderéis, que, este año, debe ser, por excelencia, el año de la oración, de las lágrimas y de las súplicas.

Leed estas páginas, y comprenderéis, que la victoria ha de venir de la Concepción Inmaculada, y, por lo tanto, de Nuestra Señora de Lourdes; Ella ha de aplastar la cabeza de Satanás; Ella ha de volver la calma y la paz á la tierra; su sonrisa es aquí un dulce preludio. Por lo tanto, piadosos peregrinos, no salgáis de este piadoso Santuario sin hacer una santa violencia á su corazón de madre, rogándole, que con su poderosísima intercesión anticipe la libertad de Pío IX, el triunfo de la Iglesia y la salvación de Francia.

EL PRÓXIMO DESENLACE

DE LA CRISIS PRESENTE.

INTRODUCCION.

Hemos tenido la dicha inesperada de pasar en la Gruta de Lourdes, el último día del año, que acaba de finir, y de comenzar en ella el año nuevo.

No es menester decir, que años, como los que alcanzamos, no comienzan ni terminan, sino que en el fondo del alma se experimentan profundas emociones; pero todos los

que han visitado el Santuario de Lourdes, saben, que á la vista de la Gruta de la Concepción Inmaculada, se experimentan emociones, mil veces más profundas y misteriosas que en otras partes. No parece, sino, que alguna influencia celestial desciende allí hasta nosotros, penetra en nuestras almas, se apodera de nosotros, nos domina y arrebatada. El pasado, el presente, el porvenir se nos presentan allí bajo una luz nueva: bien se conoce, que la que es bella como la aurora, está allí preparando el camino al Sol de justicia, é iluminando ya, con su presencia, todas las profundidades del alma, y todos los misterios de Dios. Y á su dulce contemplación, siempre se siente uno allí como iluminado por resplandores no conocidos.

Una vez más acabamos de experimentar, de una manera comovedora; y cuando, preocupados con las grandes cosas, que el porvenir nos prepara, hemos querido leer de nuevo, en la Gruta de Lourdes, las visiones proféticas que Juan, el discípulo predilecto de Jesús, y estimado hijo de la Virgen Inmaculada, escribió en la cueva de Patmos; luces inesperadas se han derramado sobre nuestro espíritu: allí hemos comprendido mejor los misterios de ese libro divino; y allí, nos han parecido claros y manifiestos los acontecimientos de la época presente.

No ha de sorprenderse, por lo tanto, el lector, del título que ponemos por cabecera á este estudio. Es indudable, que ni el hombre mas despedido se atrevería, con sus sales luces, á levantar el velo del porvenir. Y en realidad, que pueden todas las provisiones humanas, ante las tinieblas, cada vez mas densas, que se agrupan en rededor nuestro. Es cierto, que se tiene, digámoslo así, un presentimiento íntimo de una gran crisis próxima y espantosa; y que la gran voz del Vaticano, que sigue siendo la colina de los oráculos, nos habla continuamente de la horrible lucha empeñada contra la Iglesia de Dios, y del triunfo final, que será el resultado de esa lucha. Pero ¿cuando vendrá este triunfo?

El santo Pontífice no lo dice (1). Pero

(1) He aquí las palabras salidas recientemente de los augustos labios de Pío IX: «No abandonemos la lucha, contestó el Padre Santo, en 8 de enero 1873, á las comisiones de las Asociaciones Católicas, aunque,

Dios ¡no quiso, acaso, decírnoslo en el Apocalypsi, que es el Gran Libro de sus revelaciones: en ese libro, en que, desde los tiempos de Jesucristo, hasta la consumación de los siglos; se desenvuelve todo el orden de los tiempos, como dice Tertuliano en admirable frase: *In Apocalypsi ordo temporum sternitur*; y como, después de él, lo han repetido

humanamente hablando, hubiéramos de esperar algo peor todavía que el estado actual. Si; oremos y esperemos; y entónces vereis llover sobre el mundo las prendas de la misericordia de Dios, como llueven al presente las de su justicia.»

El día 6 de enero, exclamó, comentando el Salmo: *Quare fremuerunt gentes et populi meditati sunt inania?* — «Si; Iglesia de mi Dios, Esposa estimada de Jesucristo, todos tus perseguidores pasarán; pero Tú, fundada por él, te conservarás siempre joven, fuerte, inmortal: *Ipsi peribunt, tu autem permanes.*» Y añade, dirigiéndose á las comisiones de los Círculos de la juventud de Italia: «Decid, á todos cuantos quieran oír, que el Vicario de Jesucristo repite, declara y confirma; que pasaremos grandes tribulaciones; pero, jamás seremos vencidos; decid, que la Iglesia se verá siempre perseguida; pero, jamás será subyugada; decid, y decidido en voz muy alta; que la Iglesia de Jesucristo durará; y haced oír su voz, hasta las últimas convulsiones de la naturaleza y del mundo.»

Véanse también otras dos afirmaciones, que leemos en los periódicos católicos, y que confirman plenamente todas nuestras provisiones:

«En la audiencia de despedida concedida á Mr. de Bourgoing, el Papa le abrazó afectuosamente, diciéndole: «No os arrepentireis de vuestro proceder, al presenciar los acontecimientos desastrosos que van á conmovér á las naciones de Francia é Italia; y, más adelante, volveréis á verme como embajador.»

«Al despedirse del Padre Santo, el ilustrísimo Sr. obispo de Agen le preguntó, cuando tendría la dicha de visitarle nuevamente; Su Santidad le contestó: «Pronto, hijo mío, pronto. Vendreis á acompañarnos, cuando cantemos al *Te Deum* por la libertad de la Iglesia.» — Así sea, añado *La Semaine Catholique* de Tolosa (19 enero 1873).»

San Gerónimo, San Agustín, todos los Padres y los Doctores todos de la Iglesia?

Estamos convencidos de que Dios lo quiso así; y sin incurrir en la nota de temerarios, creemos poder dar á todos los amigos de Dios y de su Iglesia esperanzas, de que este triunfo vendrá en tiempos, que no están lejanos. Hay en el Apocalypsi un capítulo, notable, entre todos, que, ya, desde mucho tiempo, nos parecía destinado íntegramente á describirnos los grandes acontecimientos de la época presente; los que se han consumado, nos parecen estar tan claramente indicados allí, que nos era difícil no ver, en ellos también, el anuncio de los que se preparan; aludimos al capítulo duodécimo.

Hay allí designadas dos fechas muy precisas, y creemos poder aplicarlas, la primera, á la duración del cautiverio de Pío IX; la segunda, al tiempo de interrupción del Concilio Vaticano.

El Profeta indica la duración del cautiverio de Pío IX con estas palabras: «un año, dos años completos; y, poco más, ó ménos, una mitad de un tercer año; y durante este tiempo, añade el Profeta, Pío IX reside en el Vaticano, *in locum suum*, en donde le mantiene la caridad de los fieles, *ubi altitur*; y en donde lucha constantemente contra la revolución, que le rodea, sin querer pactos con ella, *á facie serpentis*. El periodo de interrupción del Concilio nos parece claramente indicado en el mismo punto: esta interrupción, nos dice el Profeta, debe durar *mil doscientos sesenta días*; es decir: tres años y medio.

En el capítulo noveno encontramos otra indicación notable, que consideramos aplicable á los presentes tiempos. El Profeta nos habla, en el citado capítulo, del tiempo conhedido á los malos, salidos del pozo del abismo, para causar daño á los hombres de bien; y nos dice, en términos precisos, que ese periodo durará cinco meses. A juzgar por estas indicaciones, sobre cuya exactitud no parece posible duda alguna, según puede el lector apreciarlo por sí; correspondería al año presente el *gran golpe* tan anunciado; y después de ese *gran golpe*, vendría el término del cautiverio de Pío IX, y la continuación del Concilio; y, por consiguiente, el triunfo completo de la Iglesia; y también el de nuestra querida Francia, puesto que su causa ha estado, está y estará providencialmente identificada con la de la Iglesia. Según

las indicaciones, á que nos referimos, todas esas grandes cosas se realizarán á últimos del año presente, y á principios del próximo.

Podremos parecer temerarios, al hablar en estos términos; pero el lugar que ocupa el capítulo duodécimo en el plan general del Libro Divino, no nos deja duda alguna sobre esta interpretación. Estamos ciertamente muy ajenos de arrogarnos la infalibilidad, ni el don de profecía, ni un privilegio cualquiera de inspiración personal y sobrenatural; por nuestra parte, nos contentamos con exponer pura y simplemente nuestras opiniones, que por ser competentes y graves, nos han dicho, por satisfactorias para el espíritu y consoladoras para el corazón. Solo Dios conoce los secretos de lo porvenir; pero, no nos prohibe levantar el velo que los cubre.

El plan que damos del Apocalypsi, es completamente nuevo; y ha sido para nosotros en la lectura de ese libro misterioso, lo que es el hilo colocado para salir de un laberinto; de tal suerte, que no cree uno estar leyendo profecías, sino una sorprendente historia. Quisiéramos hacer á todos partícipes de las suaves é íntimas complacencias, que su manifestación, pensada é inesperada, ha proporcionado á nuestra alma. En efecto, este plan general había quedado velado para nosotros hasta este día; todos nuestros estudios y nuestras minuciosas investigaciones no habían podido aclararnos la significación definitiva; así era, que no acertando á ajustar bien este capítulo, entre lo precedente y lo subsiguiente, vacilábamos en su interpretación; pero, ahora, no vacilamos ya; y mereced á un punto de vista general, que debemos, sin duda, á la protección de María Inmaculada, y que el mismo Profeta ha tenido el cuidado de indicar, pero que, hasta ahora, no se había meditado bastante; el Apocalypsi no nos parece ya, un libro cerrado é impenetrable.

He aquí, por lo demás, las primeras palabras del libro divino:

«*Apocalypsi*, ó Revelación de Jesucristo, la cual ha recibido de Dios, para descubrir á sus siervos cosas, que deben suceder presto; y la ha manifestado, por medio de su Angel enviado á Juan, siervo suyo.»

«Bienaventurado el que lee y escucha las palabras de esta profecía.»

Después de esta afirmación, cómo puede creerse todavía, que el Apocalypsi, en vez

de ser una *Revelación* y una *Manifestación*, como su nombre lo indica, sea un enigma insoluble, y que todo lo que encierra, haya de quedar perpetuamente oculto?

Verdad es, y lo confesamos con toda sinceridad: al hablar del Apocalypsi, no hará mas que balbucear. Cada palabra envuelve diferentes sentidos, y cada página de ese libro divino es vasta y profunda como el Océano; pero, estamos muy ajenos de prohibir, que se sonden esas profundidades y de bogar en esa inmensidad; al contrario, Dios nos invita á ello, según acabamos de verlo; y después de esta invitación ¿qué podríamos temer? El que ha dado la brújula á los navegantes para descubrir mundos no conocidos ¿puede negar la luz á quien, deseando descubrir la verdad, se humilla en su presencia, é implora su divino Espíritu, ese Espíritu con el que, según nos dice San Pablo, pueden escudriñarse todas las cosas, y aun las profundidades de los misterios y de los arcanos de Dios? *Spiritus enim omnia scrutatur etiam profunda Dei.*

«La voz interior de este Divino Espíritu se dejará oír en su corazón, para revelar-selas: *Vox Domini revelabit condensa.*»

Este Divino Espíritu hemos implorado, por la intercesión de la Virgen Inmaculada, á quien dedicamos estas páginas.

El lector encontrará en ellas luces y consuelos inesperados; el punto de vista general, que exponemos en ellas; y que es completamente nuevo, le sorprenderá: cada capítulo, del que hacemos un exacto análisis, le franqueará horizontes nuevos; y marchando de maravilla en maravilla, y de asombro en asombro, experimentará la verdad de estas grandes palabras, que el Espíritu Santo no quiso, en vano, hacer llegar á oídos de los mortales:

«Bienaventurado el que lee y escucha las palabras de esta profecía: *Beatus qui legit et audit verba prophetiae hujus.*»

Antes de penetrar en el santuario y levantar el velo que cubre el *Santo de los Santos*, detengámonos un momento en el vestibulo, y digamos cuatro palabras acerca del Apocalypsi, de su autor y del plan general del libro.

Del Apocalypsi.

El Apocalypsi es el libro profético por excelencia. No es, como dice Bossuet, la

visión de tal ó cual profeta; es la *Revelación de Jesucristo, Hijo de Dios.*

Es para las profecías, lo que el Cristo es para la verdad; *Verbum abbreviatum*; es la exposición breve de todo el plan divino del cristianismo; y contiene, en resumen, la historia de todas las grandes obras que Jesucristo realiza por su Iglesia, hasta la consumación de los siglos; y más, todavía, puesto que, después de presentarnos el espectáculo de los últimos días del mundo, nos transporta al seno de la Eternidad, y nos descubre sus esplendores.

Tomando á la Iglesia al pié de la Cruz, la acompaña en el transcurso de los siglos; nos habla de cada una de sus grandes luchas; canta todas sus grandes victorias; y nos revela sus inmortales destinos.

«Puede darse algo mas bello y grandioso que este drama divino, cuya primera escena se abre en el cielo, teniendo por teatro toda la tierra, y por espectadores á los ángeles y á todas las criaturas angélicas? En efecto; solo el alma pura puede comprender esas deslumbradoras bellezas, y apreciar los sonidos de esta inefable armonía. Los querubines y los serafines de los cielos están admirados; el alma del profeta es una lira animada; sus virtudes son las perlas preciosas engastadas en ella; sus inspiraciones, divinas en todo, las cuerdas de oro; y el soplo del Espíritu Santo, que la agita sin cesar, hace desprender de ella armoniosos y sublimes acordes.»

A los primeros sonidos de esa lira, la fe se aviva, y nos transporta á un mundo nuevo. La tumba, las imágenes mezquinas y todas las pobres ideas de ese mundo miserable y engañoso, desaparecen, para abrir paso á las grandes realidades y á las grandes concepciones de las cosas divinas y eternas.

Toda belleza de estilo literario y puramente humano, palidece ante las magnificencias de este libro inimitable. Aquí, lo sobrenatural carece de medida; todo es aquí grande, como lo infinito; todo es aquí sublime, como Dios; cada versículo, cada palabra, comprende un mundo de pensamientos, ya, deliciosos y suaves, ya, estremecedores y terribles, que se desprenden del alma del Profeta, y sucesivamente nos encantan ó nos hacen estremecer.

El Apocalypsi es el mas rico, el mas grande, el mas bello cuadro que se puede imaginar, de la gloria de Jesucristo resucitado, de

Jesucristo vencedor del infierno, triunfante en su victoria, y ejerciendo la omnipotencia que su Padre le ha dado en el cielo, y sobre la tierra.

«El Apocalypsi, dice Bossuet, completa todas las profecías; y todas las bellezas de la Escritura, están reunidas en él. Tantas bellezas reunidas en este libro divino, ganan en favor suyo el corazón. El hombre se siente apremiado por un impulso interior, á penetrar más y más en el secreto de ese libro, cuyo exterior, por sí solo, y cuya corteza, si puede hablarse en estos términos, difunden tanta luz y envían tantos consuelos al corazón.»

«A pesar de las profundidades de este divino libro, se experimenta, al leerlo, una impresión tan dulce, y un conjunto tan magnífico de la magestad de Dios; se conciben ideas tan elevadas de los misterios de Jesucristo; un reconocimiento tan vivo del pueblo, que redimió con su sangre; tan nobles imágenes de sus victorias y de su reinado, con cánticos tan admirables; que bien hay en todo ello un motivo para pasmar al cielo y á la tierra.»

La historia de la Iglesia, su pasado, su presente, su porvenir; se describen en ese libro bajo símbolos, que exceden á toda la magnificencia de los antiguos Profetas. Los grandes acontecimientos, que formarán la sucesiva historia del mundo, se desenvuelven, en ese libro, alrededor del trono del Cordero; altar misterioso, bañado con la sangre de los Mártires y perfumado con la oración de los Santos. Siete edades distintas, representadas por las *siete iglesias del Asia*, y *las siete sellos* del libro del porvenir, nos representan, bajo una sencilla elegancia, el conjunto del género humano, desde su regeneración por la Cruz, hasta su juicio definitivo por el Hijo del Hombre y su transfiguración en la patria eterna.

Nunca los ojos de profeta alguno abarcaron un cuadro mas vasto; nunca la palabra humana comprendió tantas maravillas, y despidió tan vivos resplandores. «Cada palabra de este libro, dice San Jerónimo, contiene un misterio.» El linaje humano ha sido impotente, hasta ahora, para descubrir la íntima y definitiva significación de este libro misterioso; no habían llegado todavía los tiempos destinados á hacerla comprender; y solo el tiempo, parece el encargado por Dios, para proporcionarnos la clave de

este libro, que no puede permanecer sellado hasta la consumación de los siglos. A proporción que los acontecimientos se realizan, es más clara la interpretación de la profecía de esta última edad del mundo, en que entramos, y para la que visiblemente fué escrito. Las prevenciones, que la pretendida imposibilidad de comprenderlo, habían suscitado contra este libro admirable, se van desvaneciendo cada día; y ya se prevé el momento en que, convertido en el *vade mecum* de todos los cristianos, será leído con avidez por todos los que desearán hallar algún consuelo, y fortalecerse en medio de terribles pruebas (1).

Dios dijo á Daniel: «Pero tú, ten guardadas estas palabras, y sella el libro hasta el tiempo determinado: muchos le roerán, y se multiplicará la ciencia. *Et multiplex erit scientia.*» (Daniel, cap. XII, vers. 4.)

Lo propio puede decirse del Apocalypsi. Parece haber llegado ya, el tiempo designado por el Señor, para comprenderlo. Más que nunca se desprende de sus santas páginas una enseñanza, que encierra tres grandes verdades, al alcance de todos.

PRIMERA VERDAD.—Dios dispone, acá en la tierra, todas las cosas, en favor de la Iglesia: *Omnia propter electos.* Un interés le ocupa, el de las almas; no hay en la tierra más que una gran lucha, la de Jesucristo contra Satanás, la del bien y el mal; y si, por un momento, parece que el mal triunfa, ello es, que el triunfo definitivo corresponde siempre al bien, es decir, á Dios y á su Iglesia.

SEGUNDA VERDAD.—La política humana, inspirada por la astucia diabólica, nada es, y nada puede en presencia de la gran política divina. Esta se oculta, es cierto; pero dirige todas las cosas: es sufrida, porque tiene la seguridad de alcanzar su objeto; se fija en el hombre, que propone, en tanto que Dios dispone; conmueve y derriba sucesivamente los tronos y los imperios; engrandece á las naciones en las que reina la justicia; y tiene sin cesar pendiente sobre los príncipes y los pueblos impíos la amenaza de sus castigos vengadores. Cuando los deja caer sobre la tierra, y llega la hora de las crisis penosas, los justos deben sufrir, más que nunca, reanimada la esperanza y el

(1) Véase el abate Darras, *Historia de la Iglesia.*

amor: la hora de la crisis es siempre para ellos la hora del triunfo; los castigos que Dios envía á los malos, para pena, y para hacerlos entrar en juicio y venir á perdonamiento; perfeccionan y multiplican siempre á sus escogidos. La hora de la crisis es siempre rápida; y, por otra parte, ¿qué es el tiempo en comparación de la eternidad? *Ecce venio cito,* exclama siempre el Señor: «Aquí estoy, aquí estoy.» Esperadle; viene en seguida, y no tardará.

TERCERA VERDAD.—En todas las luchas que se sostienen en defensa de la Iglesia, nunca se ha de estar en cuidado por el resultado. La victoria es siempre segura, porque nunca estamos solos. Dios está siempre con nosotros; siempre María, los Angeles y los Santos nos protegen; y por encima del fragor de la batalla y de la tempestad que ruge, hay que prestar oídos á la voz que nos grita: «Nada temas; permanece fiel hasta la muerte, y te dará la corona de la vida.»

Cuando la lectura de estas páginas no produce otro resultado, que el de convencer al ánimo de estas grandes verdades fundamentales; un lector sensato y piadoso no deplorará jamás, los breves instantes que habrá necesitado para leerlas y meditarlas en la tranquilidad de la oración, y con la calma del amor.

Del autor del Apocalypsi.

El Apocalypsi, el libro profético por excelencia, y revelación del corazón de Jesús, no podía ser escrito sino por el discípulo predilecto de Jesucristo, por el que había reclinado la cabeza sobre su corazón.

«Juan, apóstol, evangelista, profeta, dice el P. Lacordaire, fué de todos los amigos de Jesucristo, el que profundizó más los misterios de la belleza y del amor divino, objetos constantes de la contemplación de las almas grandes.»

Antes que el P. Lacordaire, un gran doctor de la Iglesia había dicho: «Juan, el amigo de Jesucristo, era el cantor inspirado de los misterios de Dios, la brillante estrella del firmamento de la Iglesia, y el águila celestial de las sublimes contemplaciones: *Organum divinarum mysteriorum, fubar caeli, aquila caelstis.*»

San Dionisio Areopagita le llama: Sol del Evangelio; *Sol Evangelii.* Y la tradición le

distingue con el glorioso título de *Doctorum sanctissimus et sanctorum doctissimus.*

Algun tiempo después de haber escrito el Evangelio, San Juan escribió el Apocalypsi. Estas dos grandes obras son superiores á toda concepción humana; entre ellas y todo cuanto ha escrito la mano del hombre, hay tanta distancia, como entre el cielo y la tierra. Dios quiso, que una y otra quedasen marcadas con su propio sello, y le perteneciesen exclusivamente.

En una antigua tradición se nos dice, que Juan, cuando al principiar su Evangelio, proclamó la generación eterna del Verbo, oyó un trueno, y vió brillar un relampago en el sereno firmamento.

Ya el Salvador había dado á Juan el nombre de *Boanerges, Hijo del trueno*, para anunciarlos, dice San Jerónimo, cual sería el vigor y el esplendor de esta palabra, visiblemente emanada de los cielos. *Clanquibus filius tonitru, quem Jesus amavit plurimum et de pectore Salvatoris doctrinarum fluentia potavit.*

Segun otra tradición referida por el propio Doctor, cuando los fieles rogaron á San Juan, que escribiese su Evangelio, les dijo: «No puedo hacerlo, si no nos desprendemos todos de la tierra; yo, para escribirlo; y vosotros, para oírlo; orando y ayunando todos.» Y entonces, embargado por sus visiones divinas, entonó este canto extático: EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO.—*Quo capitulo, revelatione saturatus, in illud proximum de caelo veniens erupit: In principio erat Verbum!*

Bien se comprende, que tales obras no pueden ser fruto del entendimiento del hombre; es preciso ver en ellas el pensamiento y la inspiración de Dios; ha de verse en ellas la oración y el sacrificio; el espíritu de Dios no puede dictar las palabras más admirables que se han oído en la tierra, sino en medio de los indecibles arranques del éxtasis y del amor (1).

Peró ocurre otra circunstancia, que no debemos dar al olvido, y que consignan, á la par, Orígenes y San Agustín. Es la parte que les cabe á Jesús y á María en estas sublimes revelaciones.

«Las obras de San Juan, dice Orígenes,

son la flor de las Escrituras. Solo podría llegar á tal profundidad el que tuvo la dicha de reclinarse su cabeza en el pecho de Jesucristo, y mereció que Jesucristo le diese por madre á María. Este amigo, tan íntimo de Jesús y de María, este discípulo, tratado por el Maestro como un igual á sí propio, era el único que podía escribir estas obras admirables.»

«Bebía ocultamente en este manantial divino, añáde San Agustín, *ex illo pectore in secreto bibebat.*»

Finalmente; y sobresaliendo entre todas las circunstancias expuestas, debe tenerse en cuenta, que San Juan era virgen. Y por más que se discorra, nunca la imaginación comprenderá todo el vigor de esta levadura, para fecundizar el mundo intelectual y moral. La penetración del Espíritu aumenta ó decrece siempre, en proporción de la pureza del corazón; es un axioma infalible.

«Bienaventurados los corazones puros porque verán á Dios.» Ya Platon, había perdido á los discípulos de la sabiduría, la tranquila virginidad del corazón, que permite al espíritu aspirar constante y libremente hacia la luz.

«El Verbo, dice con grande elocuencia Orígenes, acomoda siempre el grado de luz con que se dá á conocer á cada uno, con el grado de sus adelantos en santidad. Cuando quiso transfigurarse, dejó al pié del monte, á los que no tenían bastante pureza en sus ojos, para contemplar su gloria y su divinidad; á los demás, les rogó que le acompañasen á la cumbre, y se transfiguró en su presencia.»

«Juan era virgen, dice tambien San Ambrosio, y en sus palabras va comprendido el sentir de todos los Padres de la Iglesia. Era virgen; no me maravilla, por lo tanto, que, mejor que los demás, haya podido profundizar y expresar los misterios de Dios, él, á quien, por su pureza, se le tenía siempre abierto el santuario de los arcanos celestiales.»

Por esto, ningún estilo se parece á su estilo. En la narración histórica, campean principalmente los más profundos conceptos teológicos, los más vivos, los más tiernos arranques de amor, y los atrevidos pensamientos del génio más sublime. Es oro fundido, bajo la acción del fuego del Espíritu Santo. Si; se comprende que allí, está el Espíritu de Dios, hablando el language del

(1) Véase la Vida del apóstol San Juan por el abate Bannard, cuyos magníficos pensamientos extractamos aquí.

hombre. Pero se conoce, que la palabra humana es poco para comprender un concepto divino. Y ese vaso pequeño, en que no coge el pensamiento de Dios, se derrama; truncanse las formas ordinarias del lenguaje; el pensamiento entra en lucha con la frase que no puede contenerlo; y además de su primer sentido, muchos, nuevos y profundos sentidos, aumentan indefinidamente la clara luz de las palabras.

«No busques aquí, rastro alguno de la tierra, exclama San Juan de Alejandría, todo es aquí, celestial.»

Este estilo, esta elocuencia se sobrepone a todas las reglas del arte, ó mejor, en ellas encontramos la regla suprema del estilo y de la elocuencia. Se ha dicho con razón, que «cuanto más una palabra se adapta a un pensamiento, un pensamiento a un alma, y un alma á Dios, mayor belleza resulta.» Pues bien; ¿qué incomparable belleza ha de descubrirse en páginas donde la palabra es la imagen del pensamiento de Dios, la imagen del alma de Jesús?

«Juan no era ya un hombre, exclama San Agustín; Juan comenzaba á ser ángel: *Ceperat esse Angelus.* «Vedle, añadia, vedle como extiende sus alas, y se remonta á la cumbre de la montaña.» Y, ¿qué montaña! ¿qué asombrosa elevación la de ese genio! Ved como Juan se sobrepone á todas las cumbres de la tierra, á todos los espacios etéreos, á toda la region de los asros, y luego se sobrepone hasta á los coros celestiales y á las legiones de los ángeles. ¿A qué le hablais del cielo y de la tierra? *Todo esto ha sido creado.* ¿A qué le hablais de todo lo que está contenido en el cielo y en la tierra? *Todo esto ha sido creado.* ¿A qué le hablais de los seres espirituales? *Todo esto ha sido creado.* Todo esto es inferior á Dios; y Juan ha de abismarse en la luz del mismo Dios. Vosotros, pues, los que os proponéis comprender á Juan, y abismaros con él en la luz de la Divinidad, subid, remontaos á este santo monte, elevaos á las alturas de los cielos, elevaos á las alturas de sus contemplaciones sublimes.»

«¡Ah! exclamaba San Juan Crisóstomo, hablando de San Juan al pueblo de Antioquia; si bajase del cielo un ángel, para hablaros de las cosas celestiales, ¿con qué celo é interés acudiriais! Pues bien; el que os habla en estas páginas divinas, es superior á un ángel; es el Espíritu Santo, ante

quien el porvenir es como lo presente. No enaltezcáis los pensamientos de Platon y de Pitágoras: ellos van en busca de la verdad; y Juan la ha visto. En cuanto habla, se apodera de todo nuestro sér, lo levanta sobre la tierra, el mar y el cielo; lo eleva á mayor altura que los ángeles, y todas las criaturas.»

Y entónces, ¿qué perspectiva se presenta á su vista! El horizonte se ensancha; desaparecen los límites que le circunscribían; se aparece lo infinito; y Juan, el amigo de Dios, no descansa sino en Dios.

Juan escribió su Apocalypsi en la isla de Pathmos; á donde fué desterrado por Dominicano, en el año 82, despues de haberle metido en una caldera de aceite hirviendo, que no le quemó; antes, al contrario, salió de ella más vigoroso, y ungido como un fuerte atleta.

En una gruta solitaria, cerca de la ciudad que lleva ese mismo nombre, bajo la bóveda de la Peña, y cerca del arroyo que brota de los cielos. Nicetas, arzobispo de Tesalónica, nos dice, que para escribir el Apocalypsi se dispuso con el ayuno, el silencio y la oracion, como lo habia hecho para escribir su Evangelio.

Despues de diez dias de recogimiento, se oyó una voz del cielo, comenzó el santo éxtasis, Jesucristo se apareció á su amigo, y Juan fué transportado á la presencia de Dios. Y iluminado con sus resplandores, fué á repetir á la tierra «este drama universal, en que Dios es el protagonista, en que su mano dispone de los destinos de este mundo y del otro, y en que la accion, iniciándose en una isla poco conocida, se desenvuelve hasta abarcar toda la creacion, y encontrar su desenlace en el cielo.»

El Apocalypsi fué para San Juan como el canto del cisne; lo terminó casi al terminar su vida; uno y otra concluyeron al dulce y suave grito de amor: Venid, Señor Jesucristo.

Concludit Apocalypsim pene cum vita, ad amorem suum suspirans, suave illud dulciter canit: Veni Domine Jeeu (1).

(1) Véase al Apéndice número 1; San Juan ¿muerto?

Plan general del Apocalypsi.

En el Apocalypsi hay dos partes, completamente distintas, é indicadas de un modo muy claro por el mismo Profeta; la parte que se puede llamar *Moral*, porque no se refiere sino á cosas del alma; y la parte que se puede llamar *Historia profética*, porque en ella se anuncian sucesivamente, todos los acontecimientos que han de ocurrir, hasta la consumacion de los siglos, en la Iglesia de Dios; para lo que exclusivamente son ordenadas y dirigidas por el Señor todas las cosas de la tierra.

La primera, concierne á la *vida interior* de la Iglesia, y se ocupa de lo que puede llamarse *la vida espiritual* de sus hijos; la segunda, concierne á la *vida exterior* de la Iglesia, y se ocupa de los *hechos exteriores*, que son como el vehiculo que los conduce a sus eternos destinos. De aquí, resulta la analogía perfecta entre estas dos partes.

Esta distincion es fundamental para la interpretacion del Apocalypsi, y no se habia hecho hasta ahora. Sin esta distincion, la confusion es inevitable; importa mucho pues, apreciar toda su trascendencia, y comprender toda su conmovedora armonía.

En efecto; por aquí, se nos descubre la gran parte que Dios concede á las cosas del alma, á las que debe servir todo lo demás; y como Dios ha establecido la Iglesia católica en la tierra, para ser la Madre de las almas, se comprende porque Dios se ocupa, ante todo, y por encima de todo, de su Iglesia.

En la *Primera parte*, San Juan nos presenta á esta Hija del cielo, avanzando como una Reina hácia la Patria celestial, á través de las generaciones y de los siglos; y nos indica, por un simple toque de pincel divino, cada una de las siete etapas, que ha de hacer la Iglesia en el camino del destierro: nos reseña sus tribulaciones, sus luchas, sus victorias; y aunque no se dirige, concretamente, sino á las *siete Iglesias* del Asia, nos describe simbólicamente, y de un modo admirable, las siete diversas fases de la vida espiritual de los hijos de la Iglesia. En efecto; es incontestable, como dice un sabio intérprete; que «en esas siete Epístolas, dirigidas á las siete Iglesias del Asia, y escritas por inspiracion del Hijo de Dios; se describen, á grandes rasgos, las costum-

bres, la fe, los vicios y las virtudes de los fieles de la Iglesia universal, en las siete épocas principales, que han de modificar su existencia, acá en la tierra.»

En la *Segunda parte*, el Cordero divino abre, por sí propio, los *siete sellos*, para poner á nuestra vista la *revolucion* de los imperios. Y es fácil reconocer, que cada uno de esos siete sellos, corresponde, de una manera admirable, á cada una de las siete épocas de la *vida interior* de la Iglesia.

Aquí, salen al paso, con toda naturalidad, varias observaciones importantísimas, que se desprenden, como consecuencia lógica, de lo que acabamos de decir.

1.º Los dos dramas de la vida interior y de la vida exterior de la Iglesia, se desenvuelven á la vez, como paralelamente; y la lucha entre el bien y el mal, que forma el fondo de los mismos, se renueva, sin cesar, bajo formas diversas; en su virtud, no es de extrñar, que tal ó cual pasaje del Apocalypsi, que histórica y literalmente no se refiere sino á una época determinada; no pueda aplicarse perfectamente, bajo el punto de vista moral, á varias otras épocas; y, que de esta suerte, los fieles de todas épocas, todos los soldados de la gran lucha, no puedan siempre sacar gran provecho de su lectura. Ante todo, conviene pues, no considerar de una manera demasiado exclusiva la interpretacion del Apocalypsi, y guardarse, ya, de aplicarlo por completo á una época; ya, de no considerar sino un solo sentido y literal.

2.º Conviene no tomar á extrañeza, que el Profeta haya destinado más de la mitad de su obra, á hablarlos del periodo de la vida del linaje humano, y de los tiempos presentes, que vienen á ser su primera fase, como demostraremos mas adelante. Y, en efecto; ¿no es precisamente en este periodo, segun el Evangelio y la doctrina apostólica, cuando los fieles han de pasar por las crisis más terribles? Y esto supuesto; ¿puede darse algo más natural, como que un Dios bueno y misericordioso los disponga, por medio de advertencias concretas, y los consuele y anime, demostrándoles, que una Providencia paternal y celosa lo ha previsto todo, con mucha anticipacion, y lo dirige todo al mayor bien de los hombres?

3.º Al leer las paginas, de que vamos á ocuparnos, se comprenderá facilmente, que no hemos podido presentar más que un

rápido bosquejo de la grande y divina Profecía: pues, pudieran llenarse muchísimos tomos con la explicación de todos los detalles, y con la interpretación de los misterios en su cuento, que la Profecía encierra. «En efecto, dice san Jerónimo, el Apocalypsi contiene todos los misterios de lo porvenir; y esos misterios son infinitos, y se prestan á mil interpretaciones místicas.»

Apocalypsi infinita futurorum mysteria continet; tot habet secreta quot verba et in verbis singulis multiplices latent intelligentia.

Es incontestable, sin embargo; que una vez comprendido el plan general del Apocalypsi, todos esos innumerables misterios se aclaran de improviso; y como todos los detalles encuentran entonces su lugar natural y lógico, cesa, de hecho, de ser un enigma, y se convierte en luminoso fara. Por esto hemos procurado, con toda preferencia, poner de relieve este plan general; insistiendo, principalmente, en la distinción y en la armonía de las dos partes principales, que constituyen su base.

Cada una de estas dos partes, comienza por el mas bello cuadro que puede imaginarse, de la gloria de Jesucristo. Allí, se percibe como salta de júbilo el alma del discípulo del amor, que, después de haber tenido la dicha de reclinarse sobre el pecho del buen Maestro, y de contemplarle, muriendo en la Cruz, y, luego, subiendo á los cielos, no ha vuelto á verle en cuarenta años.

Jesucristo, había dicho: Quiero, que éste permanezca aquí, hasta que yo vuelva; y Juan, permanecía esperando, y esperando; el amigo no parecía. «¡Oh Divino Salvador, exclama Bossuet; vuestro amor es demasiado severo para con él! Estéban le había visto en pie á la derecha de su Padre; Pablo, arrebatado al tercer cielo, le había contemplado en su gloria; y Juan, seguía esperándole.

Mas, hé aquí, que llegó la hora. De repente, se abre el cielo... Juan reconoce á Jesús: *Domine est*. Es él, es el Maestro, es el Amigo.

Pero, ahora, qué gloria, qué conciertos, qué alegría! Le contempla... Ya no es el sentenciado á muerte; es el Rey de los siglos, que oíe corona eterna: es el Pontífice eterno. Viste una túnica flotante, ceñido con cinturón de oro. Es el Verbo, cuya palabra

hiere como una espada, y es fuerte como el metal. Es, en fin, el Eterno, pues sus cabellos son blancos como la nieve, al propio tiempo, que su rostro resplandece como el sol en el Mediodía. Belleza siempre antigua y siempre nueva, *alpha y omega*, principio y fin de todas las cosas.

Y el que había tenido por amigo y compañero á Juan, en medio de las tribulaciones, volvía, siendo su amigo y compañero en medio de su gloria: *Ego Joannes, socius in tribulatione in regno Christi*.

No había de concederse este consuelo y esta gloria á Juan, hijo de Salomé, que había rogado, en vano; sino á Juan, hijo de María. Esta lo había pedido para él, y la oración de María es omnipotente.

Hé aquí, como en la primera, y en la segunda parte, San Juan inaugura el drama, y prepara los ánimos para lo que han de ver y oír.

Pero, penetremos en lo interior del asunto, en *interiora rerum*, y, con mano trémula; levantemos el velo, que cubre tantas y tan sublimes maravillas.

PRIMERA PARTE DEL APOCALYPSI.

PARTE MORAL.

VIDA INTERIOR DE LA IGLESIA.

LAS SIETE ÉPOCAS DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA.

CAPÍTULOS I, II, Y III.

La primera parte del Apocalypsi, que llamamos *Parte moral*, comienza en el capítulo primero y continua hasta el cuarto exclusivo.

Los diez primeros versículos, son como el *Deus! ecce Deus!* del Profeta inspirado; es el preludio de su canto divino.

Juan dirige su libro á las siete Iglesias establecidas en Asia, y las saluda, diciendo: «Gracia y paz á vosotros, de parte de Aquel que es, y que era, y que ha de venir; y de parte de los siete espíritus, que existen ante su trono.

»Y de parte de Jesucristo, el cual es testigo fiel, primogénito entre los muertos, y

soberano de los reyes de la tierra, el cual nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.

»Y nos ha hecho reino, y sacerdotes de Dios, Padre suyo: al mismo, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos: Amen.

»Mirad como viene sobre las nubes, y verle han todos los ojos, y los mismos que le traspasaron. Y todos los pueblos de la tierra se herirán los pechos al verle. Sí, por cierto. Así sea.

»Yo soy el *alpha* y la *omega*, el principio y el fin, dice el Señor Dios, que es, y que era, y que ha de venir; el Todopoderoso.»

Después de este magnífico preámbulo, Juan nos dice; que ha oído en Patmos una voz vigorosa, cómo el sonido de una trompeta, y que esta voz decía: «Lo que ves, escríbelo en un libro; y remítelo á las siete Iglesias del Asia;» y al propio tiempo se abrieron los cielos; y el que dejaba oír esta voz, se mostró á las miradas asombradas del Profeta; y éste cayó á sus pies, como muerto. Pero, Jesús, aplicándole su diestra, le dijo: «No temas; yo soy el primero, y el último.

»Y estoy vivo, aunque fui muerto; y hé aquí, que vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte, y del infierno.

»Escribe, pues, las cosas que has visto, tanto las que son, como las que han de ser, después de éstas.»

Para Dios, lo pasado, lo presente, lo porvenir, no son más que un solo tiempo, ó mejor, para él no hay pasado ni porvenir; todo en él, y para él, está siempre presente. «Yo soy el que soy.»

Al pronunciar estas palabras, Jesús tenía en su diestra siete estrellas, y se adelantaba maguestosamente, en medio de los siete candeleros de oro para mostrar, que la luz y el amor, no se debilitan jamás en las siete épocas de la Iglesia, á pesar de las defecaciones y debilidades de los hombres.

En los dos capítulos siguientes, San Juan escribe, dictándole Jesús, á los siete obispos del Asia. Estos siete obispos, representan á todos los que pertenecerán á la Iglesia, hasta el fin del mundo; y este número, indica las siete grandes épocas, en que se dividirá su historia.

Abriendo los siete sellos, como lo probamos en la segunda parte del Apocalypsi,

Jesucristo nos dará á conocer, cuales son los periodos correspondientes en la vida del género humano.

La PRIMERA ÉPOCA, simbolizada por el Obispo de la iglesia de Efeso, *comprende los tres primeros siglos de la Iglesia*; es la grande, y dolorosa, y sublime época de las persecuciones; alcanza, desde *Jesucristo, hasta Constantino el Grande*.

¿Quién no se estremecerá, al recuerdo de las sangrientas persecuciones, que la antigua serpiente suscitó, durante estos tres siglos, contra la Iglesia naciente? En el lenguaje humano, es difícil, hallar palabras bastante expresivas, para describir el furor de Satanás, al ver á los doce pobres pescadores de Galilea, que, sin otra arma que la cruz, iban á conquistar el mundo, y á romper las vergonzosas cadenas, bajo las que el género humano gemía, desde cuatro mil años. El corazón se hiela de espanto, y la imaginación se perturba, al solo recuerdo de las escenas de crueldad, de sangre y destrucción, con que el paganismo agravó constantemente todas las plagas de la tierra, para contener el admirable progreso del cristianismo naciente.

Todo lo que puede inventar de más bárbaro el furor satánico; hierro, fuego, llamas, braseros encendidos, torturas, caballetes, sierras, ruedas, hierros candentes, tenazas, calderas de aceite hirviendo; hornos de cobre, azotes con cabos de hierro, calabozos, fieras; todas las clases de suplicios imaginables, se emplearon para atormentar y destruir á los primeros cristianos; pero éstos permanecían inalterables, acudían alegres á los suplicios, cantaban en medio de los tormentos, y espiraban con sonrisa mirando al cielo.

«Aún cuando tuviese yo cien lenguas, y otras tantas bocas, exclama Lactencio, en su admirable libro, *De la muerte de los perseguidores*; no sería imposible, referir los diferentes tormentos que se emplearon contra los cristianos, y todos los triunfos que obtuvieron sobre el infierno.»

El cielo tomaba visiblemente su defensa: todos sus perseguidores, á proporcion que derramaban la sangre de los cristianos, se veían perseguidos y alcanzados por una mano vengadora, cuyo golpe era tan súbito como seguro.

Neron, cuyo nombre es el símbolo de todos los vicios y de todas las maldades, inaugura la série. Execrado por el pueblo y el ejército; condenado a muerte por el Senado; agitado como una furia, presa de la mas horrible desesperacion; se hizo dar por agena mano la muerte, que no tenia valor de darse por sí propio. Un puñal, clavado en el corazon de ese monstruo, libró de él al mundo.

DOMICIANO, fué asesinado; sus estatuas fueron derribadas, y su memoria reprobada por decreto del Senado.

SEVERO, amenazado por el puñal de su hijo Caracalla, murió de pesar y de vergüenza.

MAXIMINO, y su hijo, fueron asesinados por sus soldados: sus cabezas fueron enviadas a Roma; y sus cadáveres fueron devorados por los perros y los buitres.

Decio, viéndose vencido, bramando de rabia y desesperacion, se arrojó a un pantano.

VALERIANO, prisionero de Sapor, rey de Persia, fué condenado á echarse al suelo para servir de estribo á su vencedor, cada vez que montaba a caballo; y despues de siete años de vivir en semejante humillacion, el citado rey mandó que le quitaran los ojos, le despelajaran vivo, y colgaran su piel en un templo para que sirviese de trofeo.

AURELIANO, fué asesinado por sus cortesanos.

DIOCLECIANO, vino á parar á la desesperacion; tuvo horribles convulsiones, se arrastró por el suelo, y murió de enojo, de tristeza y de hambre.

GALERIO, en vida, fué presa de los gusanos y podredumbre.

MAJENCIO, se ahogó en las aguas del Tiber con los restos de su ejército.

Y, finalmente, MAXIMIANO DAZA, el último perseguidor, vencido en una batalla, se envenenó; y presa de horribles dolores, pegó de cabeza contra la pared, se rompió el cráneo, y murió.....

De esta suerte murieron, castigados visiblemente por la justicia de Dios, todos los perseguidores de su Iglesia; y cuando Juliano el Apóstata, quiso ensayar otra clase de persecucion, y procurar por la astucia y la hipocresia, lo que los demás habian hecho por la violencia, no fué más afortunado que los primeros tiranos; tambien él se vió

obligado á rendir las armas, y á confesar el triunfo de Jesucristo, arrojando hácia el cielo la sangre que brotaba de su herida, y exclamando: Has vencido, Galileo!!!

En tres palabras resume el Profeta esta primera y grande época, bajo el punto de vista moral y dogmático:

«Conozco tus obras, y tus trabajos, y tu paciencia, y que no puedes sufrir á los malos; y que has examinado á los que dicen ser apóstolos, y no lo son; y los has hallado mentirosos:

«Y que tienes paciencia, y has padecido por mi nombre, y no desmayaste.

«Pero contra ti tengo, que has perdido tu primera caridad.

«Por tanto, acuérdate de donde has caído; y arrepiéntete, y vuelve á las primeras obras; porque si no, voy á ti, y removeré tu candelero de su sitio, si no hicieres penitencia.

«Pero tienes esto, que aborreces las acciones de los Nicolaitas (1) que yo tambien aborrezco.

«Quien tiene oído, escuche lo que el Espíritu dice á las Iglesias: Al que venciere yo le daré á comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de mi Dios.»

La segunda época, simbolizada por el Obispo de la Iglesia de Smirna, comprende los cuatro siglos siguientes, desde Constantino el Grande, hasta Carlomagno. Es la época de las grandes luchas contra las herejías, y las invasiones de los bárbaros, á las que siguió su conversion.

Para formarse una idea de lo que fueron esas invasiones, conviene leer lo que escribe San Jerónimo á su discípulo Heliodoro. «¿Cómo hé de poder contaros, exclama, todos los infortunios, que, en estos momentos, pesan sobre toda la tierra? De veinte y más años acá, corre la sangre á oleadas por todas partes, de Oriente á Occidente; y

(1) Los Nicolaitas eran unos Gnosticos disolutos; los Gnosticos, que fueron los primeros herejes, comenzaron siempre á distinguirse por su orgullo. Quisieron, como su propio nombre indica, sustituir la ciencia á la Revelacion; pero lo que comienza por el orgullo, acaba, siempre, por la carne; así fué, que se degradaron en todo linaje de abominaciones y fealdades. San Juan escribió su Evangelio para refutar los errores de Cerinto, uno de los fundadores del Gnosticismo, que negaba en Jesucristo, ya, la naturaleza humana; ya, la divina.

todas las provincias del imperio, son sucesivamente saqueadas y asoladas por los Godos, los Sármatas, los Quadros, los Alanos, los Hunos, los Vándalos, y los Marcomanos; nuestras vírgenes y nuestras mujeres cristianas, están en presencia de esos bárbaros, como la tímida paloma á la vista del buitre: nuestros obispos y sacerdotes son encadenados ó sacrificados; nuestras iglesias son derribadas, y se sujeta á los caballos como en un establo en los altares de Jesucristo; las cenizas de nuestros mártires son esparcidas al viento; en todas partes, no se oyen sino gemidos y lamentos; en todas partes, no se vé sino muerte y ruinas; en una palabra, el Imperio romano se derrumba, y se desploma, por completo.»

Y la Roma pagana, la ciudad prostituida por la idolatria, á donde habian ido á concentrarse, junto con todos los dioses de la tierra; todas las riquezas y todos los placeres del linaje humano; Roma, que se habia sumido en la sangre y la voluptuosidad, y contra la que clamaba venganza la voz de tantos Mártires; Roma, la nueva Babilonia, ¿á qué ha venido á parar? «Roma, sigue diciendo San Jerónimo, murió; murió, esta gran prostituta; murió de hambre, ántes de sucumbir á la espada; para satisfacer el hambre se vió reducida al extremo de alimentarse de excrementos; y los habitantes se degollaron unos á otros, para alimentarse de sus destrozados miembros; y por la fuerza del hambre, ni la madre respetó la vida, ni el cuerpo del hijo, á quien estaba lactando: convertida en verdugo, devoró, despues, los sangrientos restos de su hijo.» Tomada por asalto, sucesivamente por Alarico, rey de los Godos; por Genserico, rey de los Vándalos; y por Odacro, rey de los Hérulos; y, finalmente, por Atila; entregada muchas veces al incendio, asolada, saqueada y destruida, Roma no fué más que un monton de ruinas. Por espacio de cuarenta dias, los buitres y las aves de rapiña fueron sus únicos moradores, ocupados en roer los cadáveres, en medio de las humeantes ruinas; su campaña, tan bella como habia sido, se vió trocada en una vasta y lúgubre soledad; y las siete alivas colinas fueron rebajadas y humilladas, y están, ahora, casi al nivel del suelo de la ciudad; ¡tan grandes y colosales son las ruinas!»

Bien podemos, pues, exclamar: «Vos sois justo, Señor; vos, que sois, erais, y siempre sereis. Vos sois santo al practicar este acto de justicia. Ellos habian derramado la sangre de los Apóstoles y de los Mártires, y vos los habeis dado á beber sangre. Si, Señor; vuestros juicios son justos; son equitativos.»

Estas espantosas y lúgubres invasiones de los bárbaros, fueron precedidas por la espantosa heregia de Arrio; agravada en breve, por las de Nestorio, y otros herejes; y trayendo todas, en pos de sí, las fanáticas aberraciones de Mahoma, que fueron toda-
via mas trascendentales. Todos estos cómplices de Satanás, verdaderos precursores del Anticristo, causaron en las almas los estragos que los bárbaros causaban exteriormente; pero, Dios, que nunca deja á su Iglesia en el abandono, le proporcionó sublimes defensores: en el órden espiritual, lo fueron distinguidos Papas, y grandes Doctores; en el órden temporal, el nuevo reino de Francia fué saludado por los Papas, como el soldado de Dios y el primogénito de la Iglesia.

El gran Concilio de Nicea aplastó al Arrianismo, y dejó vindicada la divinidad de Jesucristo; el gran Concilio de Efeso, aplastó á Nestorio, y dejó vindicada la maternidad divina de Maria; San Agustin, defendió contra Pelagio la gracia divina, y la libertad humana; San Leon el Grande, detuvo á Atila; Clodoveo y Carlos Martel, condujeron la cruz triunfante en todos los campos de batalla, y prepararon para la Francia y la Iglesia los gloriosos tiempos de Carlomagno y de San Luis.

El Apocalypsi, en breves palabras, resume, bajo el punto de vista moral, todos esos grandes sucesos.

«Sé, dice el Profeta, tu tribulacion (alude á los ataques de los herejes) y tu pobreza (alude al despojo causado por las invasiones de los bárbaros); si bien, eres rica con la luz de tus Doctores, que resisten á la heregia; con el celo apostólico de tus misioneros, que civilizan á los bárbaros; y con el auxilio que te prestan los hijos de la noble Francia.»

Los hijos del error, que se cubren con el manto de la verdad, y que no son sino una sinagoga de Satanás, blasfemaron contra tí; pero no temas nada de lo que has de padecer.»

Algunos de tus Doctores y misioneros, serán perseguidos y reducidos á cautiverio

(Atanasio, Hilario, y otros); «pero, sé fiel, hasta la muerte, y te daré la corona de la vida.»

La TERCERA ÉPOCA, simbolizada por el Obispo de Pérgamo, comprende los seis siglos siguientes. Es la época de la prosperidad temporal de la Iglesia, desde *Carlo-magno*, hasta el Renacimiento. Para esta época, en particular, conviene tener en cuenta, como también para todas las demás épocas; que cuando el Profeta, hablando de la Iglesia, formula una censura cualquiera, no la dirige á la Iglesia, Esposa de Jesucristo, siempre santa é inmaculada; sino á los individuos de esta Iglesia, siempre sujetos, más ó ménos, á las imperfecciones y á los abusos, triste herencia del pobre linaje humano; abusos, contra los que la Iglesia es siempre la primera en protestar, y es la única que los corrige eficazmente.

Esta observación era indispensable, para apreciar bien la trascendencia de las palabras siguientes, que resumen toda esa época, bajo el punto de vista moral.

«Sé en donde moras; dice el Profeta; y esta prosperidad material en la que te encuentras, se asimila al imperio en que reina Satanás: *habitas, ubi sedes est Satanæ*. Pero, ¡ó milagro! aún en medio de esos tiempos de prosperidad, en que Satanás causa sus estragos, hay siempre almas generosas que, á imitación de Antipas, mi generoso mártir, dan testimonio de mí con su penitencia, y con su sangre.» ¡Qué espléndido testimonio fueron las Cruzadas y los actos heroicos de toda clase, que produjeron el géneo y la santidad en aquellos siglos de fe! ¡Qué magnífico testimonio de fe es comparable á la *Suma* de Santo Tomás, y á nuestras admirables catedrales! ¡Qué espléndido testimonio iguala al de la sangre, que derramaron á torrentes los Cruzados y los Mártires, que sucumbieron al filo de las cimitarras de los musulmanes, y de las espadas de los Albigenses! Pero, tengo también el sentimiento de consignar, que, aún en esos tiempos de fe, hubo hijos de Balaam, el pérdido consejero de Balac, para corromper á los hijos de Israel; y hubo Nicolaitas, que trataron de seducir las almas, por medio de la intemperancia y la voluptuosidad.» En estas palabras, el Profeta alude á los cismáticos griegos, y á los Maniqueos de la Edad Media,

descendientes de las antiguas sectas del Oriente, y que, á semejanza de éstas, no se nutrian sino del orgullo, de abominaciones, y de indecencias; por esto, el simple nombre de Albigenses causaba toda clase de estragos en las almas. Pero yo iré á combatirlos, y no habrá quien resista á la espada que saldrá de mi boca. Al que venciere, daré yo una maná recóndito, que siempre se encuentra en los sacrificios de la penitencia y del apostolado.

En efecto; Dios suscitó, en esa época, á las grandes familias de Santo Domingo, y de San Francisco de Asis, que, con la espada de la palabra, y con las austeridades de la penitencia, triunfaron en el Occidente de todos los abusos y errores: *Penitentiam age; pugnabo cum illis in gladio oris mei*.

En Oriente, Dios se encarga de la tarea; hijo desagradecido y pródigo, á últimos del siglo noveno, el Oriente prestó oídos á la voz del astuto y ambicioso Focio; y levantando la bandera de la rebelión, había pisoteado la autoridad del Pontífice de Roma; persistiendo, luego despues, en su cisma, habia hecho menosprecio de la excitación, siempre tierna, que la Iglesia le dirigía. Pues bien; llegó al fin la hora del castigo; el Romano Pontífice, armandose con la espada infalible de su palabra, se lo anunció de parte de Dios: *Pugnabo cum illis in gladio oris mei*.

El papa Nicolás V, en 1451, escribía á Constantino Paleólogo, emperador cismático de Constantinopla:

«Mucho tiempo há, que los griegos están abusando de la paciencia de Dios y de los hombres, persistiendo en su cisma criminal. En vano, desde muchos siglos, la Iglesia os prodiga sus consejos, y cultiva con indecible ternura ese árbol estéril; Dios os otorga todavía tres años; pero si en este período de tiempo, el árbol no produce fruto alguno, será decididamente cortado de raíz. Los Griegos serán aplastados por los ministros de la justicia divina, que ya se disponen á cumplir el decreto dado contra ellos en el cielo.»

En una carta anterior, dirigida á la Iglesia de Constantinopla, el mismo Papa habia anunciado, que esos ministros de la justicia divina serian los Mahometanos.

Los Griegos cismáticos permanecieron sordos á esta advertencia suprema: estableció el rayo; y apenas tocaba á su término el

tercer año de que hablaba el Pontífice, Constantinopla, capital del cisma, caía en poder de los Musulmanes, á pesar de todos los esfuerzos de una resistencia desesperada, y era pisoteada por su altivo y bárbaro vencedor.

El inmortal Pio IX, acaba de recordar este terrible castigo, contestando á la exposición de los nobles y piadosos representantes de todas las naciones católicas. Fijémos en sus palabras, que son, á la vez, una enseñanza, y casi una profecía:

«Hé aquí el objeto que se proponen ciertos enemigos de la Iglesia. Quisieran formar el clero á su manera, y separarlo de los obispos; quisieran, en una palabra renovar cierto *Papismo cesáreo, bizantino*. Pero semejante deseo no podrá jamás verse cumplido; porque, así como el cesarismo bizantino cayó primero, en el ridiculo, y Dios quiso que fuese destruido por una mano infiel, así, tal vez...»

El Pontífice se detuvo aquí, no queriendo levantar completamente el velo del porvenir, y contentándose con añadir: «La experiencia de lo pasado me sostiene, me alienta, y tengo grandes esperanzas en lo porvenir.»

La CUARTA ÉPOCA, simbolizada por el obispo de Thyatira, comprende lo que se llama el siglo del Renacimiento, desde la toma de Constantinopla, á mediados del siglo décimo quinto, hasta últimos del siglo décimo-sexto.

Hé, aquí, la descripción que el Profeta hace de dicha época, bajo el punto de vista moral. Continúa Jesucristo dirigiendo la palabra á la Iglesia.

«Conozco tus obras, y tu fe y caridad, y servicios y paciencia; y que tus obras últimas son muy superiores á las primeras.

«Pero tengo contra tí alguna cosa: es, que permites á cierta mujer, á Jezabel, que se dice profetisa, el enseñar y seducir á mis siervos para que caigan en fornicación, y coman las cosas sacrificadas á los ídolos.»

Para comprender estas palabras, es de recordar, que la impia Jezabel, á la que alude aquí el Profeta, introdujo, entre los hijos de Israel, el culto público de Baal. ¿Quién no ve, que el Profeta acusa á los fieles de aquella época, por haber dejado renacer, bajo el pretensioso nombre de Re-

nacimiento, en la literatura y en las artes, las formas y las ideas del Paganismo, y por haber dejado que el naturalismo desecado, recobrase su predominio en el mundo. Y así, fué, que mientras la Iglesia descansaba en medio de las riquezas y de los honores, y vivía tranquila bajo el patronato de los reyes y de los príncipes piadosos, se introdujo, poco á poco, despues de la toma de Constantinopla, el veneno del paganismo moderno, bajo el pretensioso título del Renacimiento. Verdad es, que la literatura y las artes parecieron ganar algo en la forma; pero, ese baroiz exterior, no constituye la belleza; lo bello, no, no ha sido jamás sino el esplendor de lo verdadero; y en cuanto á la marca impresa en este siglo por la nota de fornicación, por desgracia, es merecida por demás.

El Señor esperó por espacio de cincuenta años, para ver si se abrirían los ojos, y se haría penitencia. *Et dedit illi tempus ut penitentiam ageret; et non vult punire á fornicatione sua*. Pero al ver, que, en vano, esperaba, dejó que viniese al mundo un nuevo precursor del Anticristo, para poner á prueba á la Iglesia, y separar el buen grano de la paja, *oportet hereses esse*; y entonces, en 1517, vino Lutero, ese horrible herege, que, á la vez, se tituló profeta y reformador, como Jezabel, *quæ se dicit prophetæ*; esa plaga, que de la Iglesia sedujo á tantas almas, y que, evocando del infierno todas las heregias, y vomitándolas todas, á la vez, por su boca impura, sembró la desolación en toda la Europa, y fué el patriarca de todas las revoluciones modernas.

En presencia de Lutero, se hizo entonces la separación entre buenos y malos.

Todas las almas orgullosas, voluptuosas y avaras, de que Jezabel era el tipo, fueron arrastradas por él; y en pos de él, encontraron la muerte. *Et filios ejus interficiam in morte; et scient omnes Ecclesie quia ego sum scrutans renes et corda*.

Hé aquí, la terrible, pero lógica consecuencia del renacimiento del Paganismo en los hábitos, en las costumbres, y, sobre todo, en la enseñanza de la juventud. El Profeta se sirve de una palabra sublime para designar esas consecuencias lamentables; la designa: *Altitudines Satanae, Alturas orgullosas de Satanás*.

El Protestantismo, y la Revolución, que es hija suya, son una misma cosa; una y

otra pueden definirse con una sola palabra; insurrección contra toda autoridad divina, y servilismo ante la fuerza y el hecho consumado (1).

El Profeta consigna también otra frase, tan profunda como sublime: *sabed, que ya, hasta el fin del mundo, no habrá otra alguna heresia: Non mittam super vos aliam pondus... donec veniam*. En efecto, todas las heregias están contenidas en la heregia protestante, que, de una vez, quiso derribar toda la Iglesia; negando su autoridad y la del Romano Pontífice.

— Mas, para recompensar á mi Iglesia de su fidelidad, y de su nueva victoria, robusteceré, ante todo, en el Concilio de Trento su autoridad; ahí la Iglesia, destruirá todos los errores, con sus anatemas, como se rompe una vasija de barro, pues, para ello, me ha dado Poder mi Padre.

Regat eas in virga ferrea, et tamquam vas figuli confringentur, sicut et ego accipi á Patre meo.

Pero esto, no es bastante; y le preparo, para luego, otro consuelo; le reservo en mis tesoros otro gran Concilio; y cuando llegue la hora, robusteceré por este medio la autoridad del Romano Pontífice, mi Vicario en

(1) Nótese la union íntima y lógica entre la Revolución y el Protestantismo, así en los hechos como en las ideas; en todas partes, y en todos tiempos, una y otro se engendran, se abrazan y apoyan mutuamente; es el mismo error, bajo dos formas distintas. Bossuet había predicho, que una incredulidad total, y un desorden total, serian el resultado lógico y necesario de la sublevación de Lutero contra la Iglesia. «Esta secta, decía, se fraccionará hasta el infinito; y después de negar las verdades consideradas aisladamente se acabará por negarlas todas, y por no creer en ninguna.» No hemos llegado ya, á este punto? Y prescindiendo de la afirmación católica; ¿queda ya subsistente en el mundo una verdad siquiera? no se ha demostrado, que la verdad política, no es nada, ni puede ser nada, sin la verdad religiosa; y que cuando se toca al Papa, que es la clave de la bóveda, se derriba, á la vez, toda autoridad, toda propiedad, y todo orden social? Bien será preciso que retrocedan los protestantes y sus puestos conservadores, que no quieran *antiquizarse*.

la tierra; y, de esta suerte, daré á mi Iglesia *su estrella de la mañana*, proclamándole infalible: *Et dabo illi stellam matutinam*. Y como la estrella de la mañana, significa que ha pasado la noche, y que comienza el día; cuando aparezca la estrella de la infalibilidad, la Iglesia católica estará en todo su esplendor, y todas las heregias quedarán relegadas al infierno.

Y el Profeta añade esta frase misteriosa: *Quien tiene oído, escuche lo que el Espíritu dice á las Iglesias*, para que comprendamos, cuán admirables deben de ser esas cosas, que solo el porvenir habia de revelar al mundo; y nosotros tenemos ahora la dicha de contemplar estas maravillas.

El gran Concilio de Trento, dió á la fe y á las costumbres un impulso tal, que la Iglesia, súbitamente, se realzó, y se purificó; grandes Santos vinieron á darle realce; reformáronse las órdenes monásticas, y se multiplicaron; las misiones se espacieron hasta los confines de la tierra, y fueron á conquistar para Dios un nuevo mundo (1).

(1) El inmortal Cristóbal Colon, que pertenecía á la Tercera Orden de S. Francisco, cuyo hábito vestía públicamente, no tenia otro objeto. Su alma, profundamente religiosa, se extasiaba, ante la esperanza de abrir un nuevo mundo á la propagación de la fe católica, y contaba librar el Santo Sepulcro en provecho de su expedición. Dios bendijo sus santos deseos: en 1494 descubrió la América; y tomó posesion de ella, clavando en tierra una cruz. Recibió la mayor recompensa que podía recibir un hijo de San Francisco; la de no recoger en el mundo más que humillaciones y penas. Pero, también ¡qué gloria! ¡qué recompensa en los cielos! Murio en Valladolid, en la escasez y el sufrimiento; y otro dió su nombre al mundo, que Cristóbal Colon había descubierto.

El ilustre religioso franciscano Juan Perez, que había acogido en su convento á Cristóbal Colon, cuando vino á España á someter sus proposiciones á la corte de Castilla, y que, como él, había presentado la existencia del Nuevo Mundo; le acompañó en su viaje; y después de celebrar, por vez primera, en América, el Santo Sacrificio, regresó á su humilde monasterio; y allí, murió, olvidado de los hombres, pero visto por Dios.

Por esto el Profeta pudo comenzar el cuadro de esta época con las siguientes palabras:

«Conozco tus obras, y tu fe y caridad, y tus servicios, y paciencia; y que tus obras últimas son muy superiores á las primeras.»

LA QUINTA ÉPOCA, simbolizada por el Obispo de Sárdis, comprende el periodo siguiente al Renacimiento; á contar, desde principios del siglo décimo séptimo, hasta la Revolución de 1789.

Durante este periodo, que exteriormente fué tan esplendoroso, habia, sin embargo, en las almas un principio de muerte. El Galicanismo, el Jansenismo, y el Filosofismo, que no eran sino el Protestantismo disfrazado, desgarraban el corazón de los fieles; así es, que el Profeta dá este grito de dolor:

«Conozco tus obras, y que tienes nombre de viviente, y estás muerto.»

Con estas palabras, designa, es verdad, á los que caídos completamente en el error protestante, se condecoraban, á la sazón, con el falso título de *Reformadores*; mientras que, en realidad, no eran más que los hijos de la muerte.

Con respecto á los Galicanos, el Profeta los caracteriza en pocas palabras:

«Consolida lo restante, que está para morir.» *Confirma cetera, quæ moritura erant*. Más hé aquí, á los grandes culpables, los Filósofos del siglo décimo octavo, y en particular á su corifeo, Voltaire.

Hélos aquí, los que con su orgullosa pretension á la vida, son víctimas de la más lamentable de las muertes.

La Francia y el mundo, no tuvieron que esperar mucho tiempo para recoger sus obras de muerte: *Scio opera tua, quia non habes quod vivas, et mortuus es*.

Por esto el Profeta, recomienda á los pastores de la Iglesia, la vigilancia en estos tiempos calamitosos; y se queja de que sus obras, por punto general, no son completas en la presencia de Dios.

«Acordaos, les dice, de la gran misión, que habeis recibido, y de lo que habeis oído nuevamente en el Concilio de Trento; de todas sus disposiciones, sobre la vida, honestidad, y reforma que ha de observarse. Cumplidlas, y haced penitencia. Si no velaseis, vendré como ladrón, y no sabreis á qué hora vendré.»

Esta amenaza se realizó por completo, cuando estalló como un rayo, la Revolución francesa.

«Y al contrario, los que, aún cuando son muy raros, no dejándose seducir por ninguno de estos errores, saldrán vencedores de la lucha, y marcharán conmigo en la pureza de la fe, serán vestidos de ropas blancas, y celebraré sus nombres delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.» *Confitebor nomen ejus coram Patre meo, et coram angelis ejus*.

LA SEXTA ÉPOCA, simbolizada por el Obispo de Filadelfia, comprende la primera parte del presente siglo, desde la Revolución de 1789, hasta la proclamación del dogma de la Concepcion Inmaculada, 8 de Diciembre de 1854.

Los principios de 1789, son tan peligrosos, son un veneno tan sutil para las almas, y se propagan con tal rapidez, que bien podía estarse temblando por los destino de la Iglesia; pero, El que tiene la vida de David, guarda para ella el tesoro de la verdad; y nadie, acá en la tierra, puede abrir ni cerrar; solo El, cierra; solo El, abre. Por esto dijo á su Iglesia:

«Yo conozco tus obras; no temas. Hé aquí, que puse delante de tus ojos abierta una puerta (para que puedas huir de la seducción de esos falsos principios), y nadie podrá cerrarla, para que no pases. No; no temas; ¡por ventura no está escrito, que las puertas del infierno no prevalecerán contra tí? Verdad es, que contra tí todo se levanta exteriormente; pero, por lo mismo, que en apariencia tí tienes poca fuerza, y, con todo, has guardado mi palabra, y no negaste mi nombre, yo siempre te sostendré (1).

(1) La Revolución de 1789, hija del Protestantismo, del Jansenismo, del Galicanismo y del Filosofismo; proclamó los principios más falsos en los términos más capciosos. Así fué, que los hombres superficiales y poco sólidos en la ciencia teológica, se dejaron coger en el lazo, y formaron la escuela liberal; que, según palabras de Pio IX, es la más peligrosa de todas; porque, bajo las flores de un lenguaje religioso, encubre abismos, y hace fatal traición á la verdad, buscando medio de conciliarla con el error. Esta escuela, lisonjea siempre al pueblo; y, lisonjeándole, le extravía; porque le habla siempre de sus derechos, más que de sus deberes; mientras que, en buena filosofía y en buena teología; el hombre no tiene otro derecho, en la tierra, que el de poder cumplir sin obstáculo todos sus deberes.

«Yo voy á dar al mundo un espectáculo nuevo. Algunos de la *Sinagoga de Satanás*, que se dicen verdaderos hijos de la Iglesia, y no lo son; sino, que mienten; yo baré, que vengan, y se postren á tus pies (1); y sabrá el mundo entero, que yo te amo, porque has guardado la doctrina de mi paciencia; por eso, yo también, te guardaré del tiempo de tentación, que ha de sobrevivir á todo el universo. *Servabo te ab horum tentationis, quæ ventura est in orbem universum.*»

La séptima época, simbolizada por el Obispo de Laodicea, es, por lo tanto, la época de las grandes tribulaciones, que han de alcanzar á toda la tierra; es la última época del mundo. Comienza en la proclamación de la *Inmaculada Concepción*, y dura hasta la *consumación de los tiempos*. Pasa bien; si esta es la época de las grandes tribulaciones, será también la época de los grandes triunfos; y la Iglesia triunfará por María, y por el Pontificado; pues, á la verdad, no sin un designio providencial, Dios ha reservado para nuestros tiempos, tan calamitosos, la proclamación de la *Concepción Immaculada*, y de la *Infalibilidad pontificia*; la primera, comprende, en resumen, toda la moral; y la otra, todo el dogma. El Rey Profeta dijo: «Derretirás la tierra con todos sus habitantes.» Entendimientos y corazones, todo está como derretido; pero yo he venido, dice el Señor, y he dado firmeza á sus columnas; es decir, la moral y el dogma; la moral, proclamando á María *Inmaculada*; y el dogma, proclamando la *infalibilidad* del Papa. *Liquefacta est terra et omnes habitantes in ea; ego confirmavi columnas ejus* (2).

(1) ¿Quién no descubre aquí, aludidas las hipócritas manifestaciones de amor y adhesión prodigadas á Pio IX, por todos los inveraces y diplomáticos de toda clase, todos individuos de la *Sinagoga de Satanás*, para seducirle y hacerle víctima de su infernal política? Pero Pio IX, no osa de condenar todos los días esa política tenebrosa, y anatematizar el profundo error de los espíritus débiles, que consideran como un ardid de habilidad, sacrificar los principios, para atraerse los enemigos.

(2) Este texto puede aplicarse oportunamente á Pio IX, y también á Enrique V, que, al presente, son las dos únicas columnas que se conservan en pie para sostener el mundo.

Y, en efecto; desde que se proclamó el dogma de la *Concepción Immaculada*, se ha notado un acrecentamiento de encono en Satanás y sus cómplices. El aire parece como apesadado; y todas las almas parecen haber venido á un decaimiento desconolador, y á una tibieza mortal. Véase la descripción que de ello hace el Profeta:

«Conozco bien tus obras, que ni eres frío, ni caliente; ¡ojala fueras frío ó caliente!

«Más, por cuanto eres tibio, y no frío, ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca:

«Porque estás diciendo: Yo soy rico y hacendado, y de nada tengo falta; y no conozco, que eres un desdichado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo.

«Aconsejote, que compres de mi oro afinado en el fuego, con que te bagas rico, y te vistas de ropas blancas, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unje tus ojos con colirio, para que veas.»

¡Ah! tú haces alarde de llevar á cabo tu obra, es decir, de destruir mi Iglesia, persiguiéndola; y tú crees, acaso, que yo la he abandonado, porque la dejo como una víctima en tus manos. Sabe, que nunca has sido mayor que ahora mi amor hacia ella. «Yo, á los que amo, los reprendo y castigo.» *Ego quos amo, arguo et castigo.*

En estas palabras se resume la situación presente de la Iglesia. Pero, consuélase, esperando lo que sigue: «Hé aquí, que estoy á la puerta, y llamo.» *Ecce sto ad ostium, et pulso.* «Al que venciere, le haré sentar conmigo en mi trono.» *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo.*

Consuélase, pues, los fieles; y no olviden jamás, en la gran tribulación actual, y en las dos venideras y grandes tribulaciones del Anticristo, y de los últimos días del mundo, que comprende esta séptima y última época; las palabras del Apóstol: «La tribulación es breve; pero la gloria y el triunfo no tendrán fin. *Momentaneum est leve tribulationis nostræ æternum gloriae pondus operatur in nobis.*»

El fiel análisis de la segunda parte del libro divino, que denominamos *Parte Histórico-Profética*, demostrará al lector, en cuán sólido fundamento se apoya la interpretación que hemos dado á la primera; la armonía perfecta, que existe entre las dos; y la esplendorosa claridad que se prestan mutuamente; bastarán para convencerle.

SEGUNDA PARTE DEL APOCALYPSI.

PARTE HISTÓRICO-PROFÉTICA.

VISTA EXTERIOR DE LA IGLESIA.

Es evidente, que al llegar á este punto el Apocalypsi, nos hace entrar en un órden de cosas completamente nuevo; la voz, que viene ahora del cielo, no dice, que se escriban elogios, censuras ó consejos; sino, que se mire á los acontecimientos, que van á realizarse: *Ascende huc, et ostendam tibi quæ oportet fieri.*

No se trata, pues, aquí, únicamente de los actos íntimos del alma; se trata, principalmente, de actos exteriores. Verdad es, que, entre unos y otros debe de haber una correlación perfecta; y la encontraremos; sin embargo, hay una distinción muy visible. Aquí encontramos SIETE SELLOS, así como en la primera parte, hemos encontrado SIETE IGLESIAS; y cada uno de estos sellos corresponde á cada una de esas Iglesias, y designa la misma época.

El acto de levantar cada uno de estos sellos, nos proporciona, cada vez, un espectáculo nuevo; los acontecimientos de una época, pasan allí á nuestra vista como un relampago; y solamente al llegar al séptimo sello, la vision se prolonga, y, por dos veces, nos hace fijar en todos los detalles del gran drama del último período del mundo; en el que demostraremos, que hemos entrado ya; y en el que veremos, como el bien y el mal desarrollan todo su poder, y empeñan la lucha suprema.

Asistamos, pues, á este espectáculo conmovedor, y sigamos al Profeta en todos sus pasos.

Esta segunda parte comprende dos secciones; la primera, destinada á los seis primeros períodos históricos, correspondientes á las seis primeras épocas; y la segunda, destinada por completo al período actual, que es el séptimo y último período.

SECCION PRIMERA.

Descripcion del Trono del Cordero.—El Libro de lo porvenir.

CAPÍTULOS IV, y V.

El cielo se abre, y, de improviso, se deja oír un sonido, como de trompeta. El Profeta es arrebatado en espíritu, y se aparece un trono en el cielo: en ese trono está sentado el tres veces Santo, el Eterno; el Omnipotente tiene en sus manos el Libro, que contiene los secretos de lo porvenir, y este libro está cerrado con siete sellos.

Al rededor de este trono, están los cuatro Evangelistas, ó sea, la palabra divina escrita; y los veinte y cuatro Ancianos, los doce Profetas del Antiguo Testamento y los doce Apóstoles del Nuevo; ó sea, la palabra divina escrita y tradicional. Estas dos palabras son las sílabas de oro del Verbo de Dios; pero, hay allí otra palabra divina, que no pertenece sino al Verbo, y que solo el Verbo puede hacerla oír á la tierra; es la palabra de lo porvenir, que debe completarse y hacer resplandecer, por medio de los hechos, la verdad de las dos primeras. El Profeta, que assiste á este espectáculo, y que está extático, oye, de improviso, la gran voz del Ángel, que pregunta, quién es digno de abrir este libro de lo porvenir; y de romper los sellos; y viendo, que nadie es digno de ello, ni en el cielo, ni en la tierra, se pone á llorar. Pero uno de los Ancianos le consuela, y le dice: «No llores; mira como ya el león de la tribu de Judá, el ex-tirpe de David, ha ganado la victoria para abrir el libro, y levantar sus siete sellos (1).»

(1) El sello indica, á la vez, el secreto y la autoridad; es aquí el símbolo de la omnipotencia divina y de la voluntad de Dios, que oculta, desde el origen del mundo, y conserva como un secreto en su pensamiento, sus obras divinas, admirables ó terribles; y todo lo que por su permiso debe suceder á la Iglesia, hasta la consumación de los tiempos. Pues bien; esas obras y esos secretos, quiso encerrarlos en el Apocalypsi; y no los ha revelado á ningún Profeta, á ningún Patriarca, ni á hombre alguno; ni aún á los ángeles, hasta la venida de su Hijo Jesucristo; que, como un cordero, se ha sacrificado por nosotros; y á cuya naturaleza humana, para recompensarla de su inmolación, las reveló, desde su concepción por la union hipostática, dándole el poder de romper los

Y entónces, se aparece el Cordero en el trono del Todopoderoso, porque es Dios, como su Padre, y está allí como inmolado, porque precisamente con su muerte ha obtenido la victoria.

Hay siete cuernos, símbolo del poder, para indicar que su Reyno se prolonga, sin interrupción, durante las siete épocas en que van a dividirse los siglos: hay siete ojos para indicar, que conoce, de antemano, todos los sucesos; y los dirige, por medio de siete espíritus, que parecen salir de sus ojos, porque él es, á un tiempo, el que lo ve todo, y lo ordena todo.

• Y el Cordero vino; y recibió el libro de la mano derecha de aquel, que estaba sentado en el sédío.

• Y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales, y los *v-inte* y cuatro Ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo todos cítaras y copas de oro, llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos:

• Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: Digno eres, Señor, de recibir el libro, y de abrir sus sellos, porque tú has sido entregado á la muerte, y con tu sangre nos has rescatado para Dios, de todas las tribus, y lenguas, y pueblos, y naciones: con que nos hiciste para nuestro Dios reyes, y sacerdotes; y reinaremos sobre la tierra.

Y las innumerables legiones angélicas cantan á coro con ellos:

• Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendición (1).

siete sellos; revelacion, que Jesucristo comunicó, en este momento, á San Juan, y por él á la Iglesia. Aunque el plan divino sea uno, considerado en sí, con todo, aparece exteriormente sellado con *siete sellos*, para significar los siete periodos ó edades de la Iglesia.

(1) Los atributos, que se dan aquí al Cordero, son siete; y en esto no deja de haber misterio. En efecto; si bien se examina, se observará, que cada uno de estos siete atributos caracteriza el modo particular, con que Jesucristo hizo aparecer su triunfo en cada una de las siete épocas de la Iglesia, despues de su venida al mundo; como tambien caracterizan perfectamente las siete épocas anteriores á su venida; edades que no son sino la figura de sus últimos.

—El Poder caracteriza el tiempo de la formación de la Iglesia; como tambien el de la creación del mundo.

—La Divinidad caracteriza el periodo de Constantino el Grande, de los Doctores y de los Padres

Y todas las criaturas que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar; repetian:

• Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición, y honor, y gloria, y potestad por los siglos de los siglos. *Sedenti in throno et Agno, benedictio, et honor, et gloria, et potestas in secula seculorum.*

Acto de abrir los seis primeros sellos.

CAPÍTULO VI.

Hé aquí, un capítulo notable, y merecedor de toda nuestra atencion.

El Cordero, en este capítulo, abre los seis primeros sellos del libro de lo porvenir, y nos dice, en cada uno: « *Veni et vide: Veneri et verás.* » Quiere, pues, revelarnos el misterio contenido en cada sello. Para esto, se vale de imágenes perceptibles, que tienen una significacion que impresiona; y, así, en pocas palabras nos describe toda una época, é indica claramente, que cada uno de esos sellos comprende un período particular y distinto.

Al levantarse el primer sello, vemos aparecer un caballo blanco. Es el símbolo de la Iglesia primitiva, nuevamente blanqueada con la sangre del Cordero, y purificada cada día con la sangre de su largo martirio. Jesucristo, rey de la Iglesia, va montado en ese caballo blanco, y lleva en su frente una corona, un arco en su mano, y marcha de triunfo en triunfo, sometiendo á sus leyes todo el imperio romano.

de la Iglesia; como tambien los tiempos de Noé, Abraham y los Patriarcas.

—La Sabiduría simboliza el de la organización del pueblo de Dios, bajo Carlomagno y Gregorio VII; como tambien bajo Moisés y Josué.

—La Fuerza, simboliza el de la lucha divina del Pontificado contra el protestantismo; como la de David contra los enemigos de Dios.

—El Honor caracteriza el tiempo del esplendor de la Religión en el siglo décimo séptimo; como en tiempo de Salomón.

—La Gloria, el del triunfo de la Religión sobre la revolucion francesa, y el del levantamiento del cautiverio de Babilonia.

—La Bendición, simboliza el de la proclamación de la Concepción Inmaculada, y de la infalibilidad, y la lucha contra todos los errores, y contra el Anticristo; como el de la lucha de los Macabeos contra todos los enemigos del pueblo de Dios, y, en especial, contra Antiocho.

Et vidi: et ecce equus albus, et qui sedebat super illum, habebat arcum, et data est ei corona, et crevit vincens ut vinceret.

Este primer periodo, corresponde á la primera época de la Iglesia; y dura, desde Jesucristo, hasta Constantino el Grande.

Al levantarse el segundo sello, vemos aparecer un caballo bermejo. Es el símbolo de la terrible invasion de los Bárbaros, que, como fieras desatadas por la justicia de Dios, salen de sus bosques para devorar el Imperio romano; Jesucristo, el gran Justiciero de la tierra, va montado en este caballo bermejo, teniendo en su mano una espada formidable, purificando con hierro y sangre este mundo corrompido, y domando al propio tiempo á esos altivos bárbaros, y doblegándolos al yugo tan suave del Evangelio.

Et exivit alius equus rufus, et qui sedebat super illum, datum est ei ut numeret pacem de terra, et ut iudicem se interficiant, et datus est ei gladius magnus.

Este segundo periodo duró, desde Constantino el Grande, hasta Carlomagno.

Al levantarse el tercer sello, vemos aparecer un caballo negro, y el que lo monta, tiene en su mano una balanza, y se oye una voz que dice:

• Dos libras de trigo valdrán un denario, y seis libras de cebada á denario; mas, no hacen daño al vino y al aceite (1).

Es visiblemente el símbolo del periodo de paz y de prosperidad material en que entró la Iglesia, despues de Carlomagno, cuando fué dotada tan espléndidamente por los reyes y los principes. El caballo que vemos aparecer aquí, es negro, para darnos á entender, que si se deja inclinár demasiado la balanza hácia las riquezas de la tierra, se

(1) Algunos comentaristas han creído, que el Profeta indicaba aquí un tiempo de escasez de vi-veres; pero no se han fijado en que la palabra griega *ceira*, de que se sirve el Profeta, es una medida de capacidad equivalente al antiguo sextario, cuartillo, que contenia algo más de un hectólitro. No hay cosa tan difícil como discutir sobre una cuestion de pesos y medidas, porque era lo más sujeto á variaciones, segun tiempos y lugares. Por otra parte, aún tomando las palabras del Profeta en sentido de parsimonia, muestra inter-pretacion subida íntegra. No abusemos de los bienes temporales; sirvámonos de ellos con peso y medida, porque del abuso y de la excesiva abundancia viene la muerte.

llega infaliblemente á la muerte del alma; y que el abuso de los goces materiales, á que el hombre se desliza tan facilmente, cuando vive en una paz y prosperidad continuas, es siempre para la Iglesia origen de grandes tristezas: *Ecce in pace amaritudo mea amarissima* (1). Este periodo dura, desde Carlomagno, hasta el Renacimiento.

Al abrirse el cuarto sello, vemos aparecer un caballo pálido, cuyo gínete tenia por nombre Muerte, y el Infierno le iba siguiendo.

Ostensiblemente se refiere al periodo del orgullo de la razon humana, que comenzó con el Renacimiento del paganismo, y estalló en la rebeldía de Lutero: la pálida luz de la razon reemplazó á la brillante luz del sol de la fé; y como el justo vive por la fé, la razon, separada de la fé, es la muerte, á la cual sigue el infierno. En efecto; el Protestantismo propagó, en dicha época, su influencia por toda la tierra, y dió muerte á las almas con la espada del orgullo, el hambre de los sacramentos, y las enfermedades de las pasiones; y fue el origen de todas las fieras de la tierra, es decir, de todas las revoluciones.

Et ecce equus pallidus: et qui sedebat super eum, nomen illi mors, et infernus sequabatur eum, et data est illi potestas interficere gladio, fame, et morte, et inferis terra.

Este periodo duró, desde la toma de Constantinopla, hasta el siglo décimo séptimo.

Al abrir el quinto sello, oímos los grandes gritos, que dan las almas de los Márti-

(1) No son las riquezas ni la proteccion de los poderosos de la tierra lo que perjudica á la Iglesia, al contrario, todo esto se lo debe. Jesucristo quiso recibirla en los primeros dias de su Nacimiento, y la Iglesia se sirve de ellas para el triunfo del bien y la salvacion de las almas. Lo que da pena á la Iglesia, es el abuso de esas riquezas; y las ciegas pretensiones de los que, bajo pretexto de proteger á la Iglesia, quisieran hacerla ceder á sus caprichos. Cornelio á Lápide, insinuando á todos los Padres de la Iglesia, y en particular á San Jerónimo, dice, comentando el siguiente texto de Isaías: *In mediá pace, in flore civitatis, et regni mei pallor amarissima, calicis, agnes mortis et morior.* Pero el rey Esculapio, que da este grito, añade: *Corripit me, et vincifloris me.* En efecto, por medio de la tribulacion Dios vivifica á los que por la prosperidad se han dejado ateminar y viciár; por esto, nunca faltan tribulaciones en la Iglesia.